

## CAPÍTULO VII

### Franceses y Flamencos.

Cuando todo el consejo salía de la casa de la municipalidad y los oficiales iban á ponerse á la cabeza de sus tropas respectivas para llevar á efecto las órdenes del jefe desconocido, que parecía enviado á los flamencos por la Providencia, un rumor que se extendía por toda la ciudad resonó largo rato y se reunió en un gran grito.

Al mismo tiempo empezó la artillería sus disparos, sorprendiendo á los franceses en su nocturna marcha, cuando por el contrario creían ellos sorprender á la ciudad dormida; sin embargo, en vez de detenerse, apresuraron el paso.

Si no era posible tomar á Amberes por sorpresa,

ó escalándola, como entonces se decía, podían á lo menos, como hemos visto que lo ejecutó en Cahors el rey de Navarra, llenar el foso de faginas y derribar las puertas con petardos.

Los cañones de las murallas continuaban haciendo fuego, pero su efecto era casi nulo por la oscuridad de la noche, y así, después de haber contestado con mil gritos á los gritos de sus adversarios, prosiguieron avanzando los franceses hacia la plaza con la fogosa intrepidez que les es habitual en los combates.

Pero de repente se abren puertas y rastrillos, y por todas partes aparece gente armada, á la que no anima por cierto la ardiente impetuosidad que al enemigo, sino una especie de embriaguez pesada que no impide el movimiento del guerrero, sino que lo convierte en una muralla ambulante.

Eran los flamencos que se adelantaban en columna cerrada, en grupos compactos, sobre los cuales tronaba una artillería más estrepitosa que formidable.

Entonces empezó el combate cuerpo á cuerpo; chócense la espada y el cuchillo, crúzanse la lanza y la daga, y los pistoletazos y las detonaciones de los arcabuces iluminan los rostros de los batallones cubiertos de sudor y de sangre.

Pero no se oye un grito, ni una queja, ni un suspiro: los flamencos se baten con rabia y los franceses por despecho; los primeros se enfurecen por verse precisados á batirse, pues no lo hacen por oficio ni por gusto; los franceses no pueden tolerar el haber sido atacados cuando se disponían á atacar.

Al mismo tiempo en que unos y otros vienen á las manos con un encarnizamiento que en vano procuraríamos describir, óyense nuevas detonaciones hacia el lado de Santa María y se levanta sobre la ciudad un resplandor semejante á un penacho de llamas. Joyeuse ataca ya y se propone llamar la atención del enemigo forzando la barrera que defiende el Escalda, para penetrar con su escuadra en el corazón de la ciudad.

Así lo creían á los menos los franceses, aunque la realidad no correspondía á sus deseos.

Impelido por un viento de Oeste, es decir, por el más favorable á empresa semejante, Joyeuse se hizo á la vela, y toda la escuadra, con la galera almirante de vanguardia, se dejó arrastrar por la brisa á pesar de la corriente. Todo se había preparado en los buques para el combate: los marinos se habían armado ya con sables de abordaje, los artilleros esperaban al pie de las piezas con mecha encendida, y los gavieros amontonaban granadas en las cofas; por último, varios pelotones de escogidos é intrépidos marineros, provistos de hachas, aguardaban el momento de saltar á las embarcaciones enemigas y de hacer pedazos sus cadenas y sus jarcias para abrir un boquete á la escuadra.

Los siete buques de Joyeuse navegaban silenciosamente formando un ángulo recto, cuyo vértice era la galera almirante, y se asemejaban á un grupo de gigantescos espectros que se deslizaban á flor de agua. El joven duque, que hasta entonces se había mantenido á popa junto al oficial que estaba de cuarto, no pudo resistir por más tiempo á su propia

impaciencia, y cubierto de riquísima armadura, ocupó el puesto del primer teniente, y se inclinó sobre el hauprés para penetrar con sus miradas al través de la bruma que cubría el río y de las tinieblas que encapotaban la noche.

No tardó en divisar en medio de las sombras el prolongado dique, ó más bien, aquella especie de dársena enemiga que iba extendiéndose por el río, aunque parecía completamente abandonada. Sin embargo, en aquel país de traiciones y emboscadas todo podía temerse, y aquel fingido abandono, aquel imponente silencio, revelaban algún acontecimiento desastroso.

La escuadra siguió avanzando hasta colocarse á diez cables de la barra, sin que un solo *¡quién vive!* detuviese sus movimientos ni indicase á los franceses la proximidad del más leve peligro.

Los marineros no consideraban aquel silencio sepulcral sino como una torpe negligencia que les llenaba de júbilo; pero el joven almirante, más previsior, temía alguna astucia.

En fin, la proa de la galera se enredó en los aparejos de dos buques que formaban el centro de la línea opuesta á los franceses, y arrojándolos con la violencia del arranque hacia su frente, conmovió todo aquel dique flexible, cuyos puentes estaban sujetos entre sí por medio de cadenas, y que, cediendo sin romperse, tomó al plegarse hacia los costados de los buques franceses la misma forma que éstos tenían.

De improviso, y cuando acababa de comunicarse la orden de romper la línea, una multitud de ganchos

arrojados por manos invisibles, llegaron á aferrarse fuertemente á todas las embarcaciones de la escuadra.

De este modo se adelantaban los flamencos á la maniobra de los franceses, haciendo lo que éstos se preparaban á poner por obra.

Creyendo Joyeuse que el enemigo le provocaba á un encarnizado combate, lo aceptó sin vacilar: mandó arrojar sobre la línea contraria los ganchos de la escuadra y aferrar de cerca á ésta con aquélla, á fin de que, batallando cuerpo á cuerpo, se decidiese pronto la acción, y apoderándose de una hacha, se arrojó el primero sobre el navío más próximo de los de Amberes gritando con entusiasmo guerrero:

— ¡ Al abordaje ! ¡ al abordaje !

Siguióle toda la tripulación, oficiales y marineros, lanzando el mismo grito; pero ni un solo grito contestó á los suyos ni la menor resistencia se opuso á su agresión.

Pero todos divisaron tres barcas llenas de hombres, las cuales huían silenciosamente por el río con dirección á la ciudad, como tres gaviotas acosadas por la tempestad. Navegaban á fuerza de remo, y del mismo modo que las gaviotas, desaparecían por un instante entre dos olas para aparecer poco tiempo después en un punto más lejano.

Entretanto los franceses permanecían inmóviles sobre las cubiertas de aquellos buques que acababan de tomar sin combate, pues en ningún punto de la línea encontraron la más mínima oposición.

De repente oyó Joyeuse bajo sus pies un sordo ruido, y al mismo tiempo se esparció en la atmósfera un fuertísimo olor de azufre. Conoció al punto

lo que aquello significaba; corrió á una escotilla, y la abrió desesperado..... las entrañas del buque estaban ardiendo.

En aquel mismo instante resonó por toda la línea el grito de *á los buques, á bordo, á bordo*.

Precipitáronse los marineros sin perder momento para atender á la salvación de la escuadra y para librarse de las terribles explosiones que les amenazaban: Joyeuse, que había sido el primero en bajar de la galera, fué el último que volvió á ella, y no bien acababa de poner el pie en la escala, cuando el fuego hizo saltar en mil pedazos la cubierta del buque que acababa de abandonar.

Lanzáronse entonces las llamas como veinte volcanes; cada barca, cada sloop, cada navío era un cráter, y la escuadra francesa, cuyos buques eran de mucho mayor porte, parecía dominar un abismo de fuego.

Dióse inmediatamente orden de picar cables, de cortar aparejos, de romper cadenas y de aflojar ganchos de abordaje y abandonarlos, y los marineros se entregaron á la faena con la prontitud y empeño de hombres profundamente convencidos de que de aquella rapidez dependía su salvación.

Pero la empresa era grande, pues al paso que no era difícil cortar los ganchos del enemigo que sujetaban los buques franceses, nadie podía prometerse arrancar de la línea contraria los que estos últimos habían arrojado con la esperanza de que no se les escapase la presa.

Pocos momentos después se oyeron veinte detonaciones, y los costados de los buques franceses empe-

zaron á crujir llenando de zozobra á cuantos esperaban que de un momento á otro se abriesen.

Esta detonación era producida por la artillería que defendía el dique, y cuyos cañones cargados hasta la boca y abandonados por los de Amberes, se disparaban por sí mismos á medida que el fuego los iba cercando por todas partes, devorando cuantos objetos se oponían á su paso.

Las llamas subían por los mástiles y las jarcias: como gigantescas sierpes se enroscaban á las vergas, y con sus agudas y abrasadas lenguas lamian los costados de los buques franceses.

Joyeuse, siempre cubierto con su magnífica armadura damasquina de oro, proseguía dando tranquilamente y con imperioso acento las órdenes convenientes en medio de las llamas, semejante á una de aquellas fabulosas salamandras de millones de escamas, que á cada movimiento que hacían arrojaban un montón de centellas.

Las detonaciones redoblaron convirtiéndose en horribas descargas; no eran ya los cañones disparados, sino las *Santas-Bárbaras* de los buques que se iban incendiando, y los mismos buques que volaban hechos astillas.

Al mismo tiempo que á Joyeuse animó la esperanza de romper los infernales lazos que le amarraban á sus enemigos, luchó con toda la energía de su carácter, con todo el valor de la desesperación, pero era ya imposible resistir por más tiempo contra el elemento que destruía la escuadra sin vencerla, porque las llamas se habían apoderado ya de los buques franceses, y los abrasados restos de las

embarcaciones de la línea caían sobre ellos como una espesa lluvia de fuego que consumía todas sus obras, porque era el fuego griego, ese fuego implacable que se alimenta con lo que á otros destruye y que devora su presa hasta en la profundidad del mar.

Al volar los navíos de Amberes quedó rota la línea defensiva, y la escuadra francesa se apartó enteramente de su derrotero, cubierta de llamas y llevando consigo fragmentos de los abrasados brulotes que habían ocasionado su espantoso desastre.

Joyeuse se convenció de que todos los esfuerzos del mundo serían infructuosos, y por lo tanto mandó echar las lanchas al agua y tomar tierra en la orilla izquierda.

La misma orden fué comunicada á los demás buques por medio de las bocinas, y las tripulaciones que no la oyeron se guiaron por su propio instinto, que les sugirió igual pensamiento, de modo que toda la tripulación estaba ya embarcada, sin exceptuar un solo marinero, antes que Joyeuse hubiese abandonado el puente de su galera.

Su serenidad parecía haberse comunicado á todos, pues no había un marinero que hubiese abandonado un instante su hacha y sus pistolas. Antes de llegar las lanchas á tocar tierra, se voló la galera almirante, iluminando por un lado todo el casco de la ciudad combatida, y por el otro el inmenso horizonte del río, que ensanchándose progresivamente, va á perderse en el mar.

Entretanto habían cesado los fuegos de la artillería de las murallas, no porque la furia del combate hubiese disminuído, sino al contrario, porque los

flamencos y franceses se batían como tigres cuerpo á cuerpo, y no se podía disparar sobre los últimos sin disparar contra los primeros.

También la caballería calvinista había dado brillantes cargas, destruyendo y derribando cuanto se oponía á su empuje; pero los flamencos soterrados, acometían á los caballos con sus afilados cuchillos y les abrían el vientre.

Á pesar de las ventajas que habían obtenido los franceses, no dejó de introducirse algún desorden en sus columnas de ataque, de modo que casi no hacían más que sostenerse en el terreno conquistado en vez de avanzar, al paso que por las puertas de la ciudad salían incesantemente batallones de refresco que se arrojaban audazmente sobre el ejército del duque de Anjou.

Óyese de repente una confusa gritería casi debajo de las murallas de la ciudad; las palabras ¡Anjou! ¡Anjou! ¡Francia! ¡Francia! resuenan en medio de los de Amberes, y un choque violento, incontrastable, deshace aquella masa tan cerrada por el simple impulso de los que la componen, pues las primeras filas de ella eran valientes porque no podían hacer otra cosa.

Joyeuse era la causa de aquel terrible movimiento, sus marinos dan aquellos furiosos gritos, y mil quinientos hombres armados de hachas y de cuchillos, mandados por el intrépido almirante, que había podido apoderarse de un caballo, se precipitan con el mayor arrojo sobre los flamencos, resueltos á vengar la destrucción de la escuadra y la pérdida de doscientos camaradas abrasados ó ahogados.

No han tratado de elegir puesto en la pelea, sino que se han arrojado sobre el primer cuerpo que por su traje é idioma les ha parecido enemigo.

Nadie manejaba mejor que Joyeuse su larga espada de combate, su puño daba rápidas vueltas como un molinete de acero, y con cada golpe de corte hendía una cabeza, así como con cada estocada traspasaba un pecho.

El cuerpo de flamencos que se opuso á su paso, desapareció como desaparece un grano de trigo entre un enjambre de hormigas.

Satisfechos de aquel primer encuentro, avanzaron los marinos sin descansar un segundo; pero mientras ganaban terreno por una parte, la caballería calvinista, sin poderse revolver entre las masas que la cercaban, se retiraba por otra lentamente; sin embargo, la infantería del conde de Saint-Aignan continuaba luchando cuerpo á cuerpo con los flamencos.

El príncipe había contemplado el incendio de la escuadra como se contempla un lejano resplandor producido por causas naturales; llegaban á sus oídos descargas de artillería, pero lo único que sospechaba era que se había trabado en el río un encarnizado combate, el cual no tardaría mucho en terminar victoriosamente para sus armas, pues le era imposible creer que unos cuantos buques flamencos se sostuvieran mucho tiempo contra la escuadra francesa.

Esperaba, pues, á cada instante que Joyeuse llamase hacia otra parte la atención del enemigo, cuando fueron á decirle que la escuadra quedaba

destruida y que Joyeuse y sus marinos cargaban por tierra á los flamencos.

Desde entonces empezó á inquietarse, porque la escuadra constituía su punto de retirada, y por consiguiente la seguridad del ejército: así que, envió á la caballería calvinista la orden de dar otra carga, orden que fué obedecida disponiéndose aquella fatigada falange á acometer otra vez á los de Amberes.

Oíase la voz de Joyeuse que gritaba á los suyos en medio de la refriega:

— ¡Á ellos, señor de Saint-Aignan ¡Francia! ¡Francia!

Y como una hoz que siega en campo de trigo, su espada giraba en el aire y caía para segar cabezas humanas: el débil favorito, el sibarita delicado, parecía que al ceñirse la coraza había adquirido las fuerzas maravillosas del Hércules Nemeo.

La infantería por su lado, al oír aquella voz potente que dominaba el estruendo de las armas, al ver aquella espada que resplandecía en medio de la oscuridad, recobró su imponderable valor, y á imitación de la caballería, volvió á embestir con desconocida furia.

Pero entonces salió de la ciudad aquel personaje á quien llamaban monseñor, montado en un soberbio caballo negro.

Llevaba armas negras, es decir, que su casco, sus brazaletes y su coraza eran de acero empavonado y bruñido; seguíanle quinientos jinetes perfectamente montados, que había puesto á sus órdenes el príncipe de Orange.

También Guillermo el Taciturno salió por otra

puerta paralela, con su infantería elegida, que aun no había entrado en fuego.

El caballero de las armas negras corrió á los puntos más amenazados, es decir, á aquellos en que la presencia de Joyeuse esparcía la consternación y el espanto.

Los flamencos le reconocieron al punto y gritaron alegremente:

— ¡Monseñor! ¡monseñor!

Joyeuse y sus marineros vieron que el enemigo flaqueaba, oyeron sus exclamaciones y repentinamente se encontraron al frente del nuevo refuerzo que acababa de aparecérselos como por encanto.

Joyeuse se lanzó contra el caballero de las armas negras, y ambos chocaron con terrible encarnizamiento.

Del primer choque sus espadas brotaron infinidad de centellas.

Confiando Joyeuse en el temple de su armadura y en sus conocimientos del arte de la esgrima, descargó sobre su contrario recios mandobles, que éste evitó con singular maestría: al mismo tiempo le tocó en el pecho la espada del desconocido, y deslizándose por la coraza, le hizo un rasguño en el hombro, del cual salieron algunas gotas de sangre.

— ¡Ah! exclamó el joven almirante al sentir la punta del acero, este hombre es un francés, y no hay duda que se ha ejercitado en el manejo del arma bajo la dirección del mismo maestro que yo.

Á estas palabras trató de retirarse el desconocido á fin de arrojarle sobre otro punto de ataque.

— Si eres francés, le gritó Joyeuse con rabia,

UNIVERSIDAD DE AGENOS TEON  
B.B. BOTICA UNIVERSITARIA  
"FERNANDO REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO

asimismo un traidor y un villano, porque estás combatiendo contra tu rey, contra tu patria y contra tu bandera.

El desconocido contestó á estos insultos volviendo á acometer á Joyeuse con nueva furia.

Pero esta vez el almirante estaba ya dispuesto á rechazar vigorosamente su agresión, y no ignoraba que tenía que habérselas con un tirador consumado, y así fué que paró tres ó cuatro estocadas dirigidas por aquél con tanta habilidad como encono, con tanta fuerza como cólera.

El desconocido á su vez hizo un movimiento de retirada.

— Mira, le gritó el almirante, esto es lo que hacen los valientes cuando riñen por su país; un corazón puro y un brazo leal bastan para la defensa de una cabeza sin casco y de una frente sin visera.

Y rompiendo los broches de su yelmo, lo arrojó á gran distancia, descubriendo su noble y altiva frente y unos ojos brillantes que revelaban todo el orgullo de la juventud y del valor.

El caballero de las armas negras, en vez de responder con la voz ó de seguir el ejemplo de su arrogante competidor, lanzó un sordo gemido, y levantó la espada sobre aquella cabeza desnuda.

— ¡Ah! le dijo Joyeuse parando al mismo tiempo el golpe, bien dije yo que eras un traidor fementido; pues bien, vas á morir como mueren los traidores.

Y hablando así, le acosó terriblemente, asestándole dos ó tres estocadas seguidas, una de las cuales penetró por las aberturas de la visera de su casco.

— ¡Ah! te mataré, repetía el joven, y te arran-

caré ese casco que oculta tus facciones y las defiende de mi espada; en seguida colgaré tu cadáver del primer árbol que encuentre en el camino.

El desconocido iba ya á contestar, cuando uno de sus jefes, que acababa de reunirse en aquel mismo instante, le llamó la atención diciéndole en voz baja:

— Monseñor, dejad las escaramuzas, porque vuestra presencia es sumamente indispensable allá abajo.

El desconocido siguió con la vista la dirección que señalaba la mano de su interlocutor, y al punto conoció que los batallones flamencos empezaban á cejar, acometidos denodadamente por la caballería calvinista.

— Con efecto, contestó con acento sombrío, allí están los que ando buscando desde que he desenvainado la espada.

En aquel instante se arrojó un cuerpo de jinetes de refresco sobre los marineros que capitaneaba Joyeuse, los cuales, cansados ya de pelear sin el menor descanso contra todas las tropas que les habían hecho frente, comenzaron á retirarse paso á paso.

El caballero negro se aprovechó de aquel movimiento inesperado para desaparecer velozmente entre la confusión del combate y las tinieblas de la noche.

Un cuarto de hora después abandonaban los franceses el campo de batalla y procuraban retirarse sin huir, pues el conde de Saint-Aignan había tomado perfectamente sus medidas para que nadie pudiese molestarle impunemente en su retirada.

Á pesar de esto, una nueva columna de quinientos

caballos y dos mil infantes salió de la ciudad repentinamente, y dió alcance á aquel ejército medio destruído por tan largo combate, y que se retiraba desalentado. Dicha columna la componían los partidarios del príncipe de Orange, que sucesivamente habían peleado contra el duque de Alba, contra don Juan de Austria, contra don Luis de Requesens y contra Alejandro Farnesio.

Entonces fué preciso decidirse á dejar el campo de batalla y retirarse por tierra, supuesto que la escuadra con que se contaba estaba destruída.

Á pesar de la serenidad de los jefes, á pesar del valor y resignación de que volvieron á dar las tropas repetidas pruebas, aquella retirada se convirtió en derrota.

El desconocido, al frente de su caballería que apenas había entrado en acción, se arrojó contra los fugitivos, y halló por segunda vez cubriendo la retirada á Joyeuse con sus heroicos marinos, de los cuales habían ya perecido las dos terceras partes.

El joven almirante montaba á la sazón el tercer caballo por haber perdido en la refriega los dos anteriores, su espada también se había hecho pedazos, y se servía de una pesada hacha de abordaje de un marinero herido, con lo cual infundió respeto á sus perseguidores, conteniéndolos á razonable distancia y acometiéndolos de vez en cuando como el jabalí que no puede decidirse á huir y se revuelve desesperado sobre el cazador.

Por su parte, los flamencos, que obedeciendo al consejo de aquel á quien daban el título de monseñor habían peleado sin corazas, emprendieron con

desusada ligereza el alcance de sus enemigos sin permitirles un momento de descanso.

Una especie de remordimiento ó de duda se apoderó del corazón del desconocido al contemplar aquel horroroso estrago.

— Basta, señores, basta, dijo á los suyos en francés; ya huyen de Amberes vuestros contrarios, y dentro de ocho días huirán de Flandes; no pidamos más al Dios de los ejércitos.

— ¡Es un francés! ¡Es un francés! exclamó Joyeuse; ya te he conocido, traidor, mil veces traidor, perjuro, cobarde y desleal. ¡Ah! maldito seas, y quiera el cielo que mueras de la manera que mueren los traidores.

Esta furiosa imprecación pareció desanimar al guerrero, á quien no habían hecho temblar mil y mil espadas dirigidas contra su pecho: volvió bridas, y á pesar de haber quedado vencedor, huyó como vencido.

No obstante, aquella retirada de un hombre solo no cambió el estado de las cosas; el miedo es contagioso, se había apoderado ya de todo el ejército, é impelidos por el terror pánico más insensato del mundo, emprendieron los soldados una fuga desesperada.

Los caballos se animaban á pesar de la fatiga, porque también parecía que influyó terriblemente en ellos el temor: los hombres se dispersaban para encontrar asilo, y algunas horas después no se componía ya el ejército de cuerpos regulares, sino de una muchedumbre desordenada.

Aquel era el momento en que según las órdenes

de monseñor, debían abrirse los diques y levantarse las esclusas. Desde Lier hasta Termonde, desde Haesdok hasta Malinas, todos los ríos pequeños convertidos en grandes por la afluencia de otros, y todos los canales desbordados, enviaban á la llanura su furioso contingente de agua.

Así, cuando los franceses fugitivos empezaron á detenerse después de haber cansado á sus enemigos, cuando vieron que los de Amberes se volvían á la plaza seguidos por las fuerzas del príncipe de Orange, cuando todos los que habían salido sanos y salvos de la carnicería nocturna se creyeron ya en seguridad y respiraron un instante, un nuevo enemigo, ciego, implacable, se desencadenaba contra ellos con la celeridad del viento, con la impetuosidad del mar, y con todo, á pesar de la inminencia del peligro que empezaba á cercarlos, nada sospechaban los fugitivos.

Joyeuse había mandado hacer alto á sus marineros, reducidos ya á ochocientos, única fuerza que había conservado algún orden en aquella espantosa derrota.

El conde de Saint-Aignan por su parte, jadeando, sin voz, sin hablar más que por medio de amenazas y gestos, hacía vanos esfuerzos para reunir su dispersa infantería.

El duque de Anjou, á la cabeza de los fugitivos, montado en un magnífico caballo y acompañado de un criado que llevaba otro caballo de la brida, caminaba apresuradamente sin pensar más que en alejarse todo lo posible del campo de batalla.

— Ese miserable no tiene corazón, decían algunos.

— Ese valiente manifiesta gran serenidad, murmuraban otros.

La infantería descansó por último desde las dos hasta las seis de la mañana, y así recobró fuerzas para continuar la retirada.

Faltaban los víveres, y por lo que toca á los caballos, estaban mucho más cansados que los hombres, y apenas podían andar, pues no habían comido desde el día anterior, y por lo mismo caminaban á retaguardia del ejército.

Esperaban todos llegar á Bruselas, que era adicta al duque, y en donde los franceses contaban con muchos partidarios, aun cuando á la sazón debía inspirar algún recelo su buena voluntad, pues también confiaba el ejército pocos días antes en los de Amberes, lo mismo que creía poder confiar en los ciudadanos de Bruselas.

Allí, en Bruselas, es decir, á ocho leguas escasas del sitio en que se hallaban, se reorganizarían las tropas eligiendo un campamento ventajoso para proseguir la campaña desde el instante que se juzgase conveniente.

Los restos que habían podido escapar de la última derrota debían servir de núcleo á la formación de un nuevo ejército; pero ¡ay! nadie podía preveer entonces el momento espantoso en que el suelo se hundiría bajo los pies de los infelices soldados, en que montañas de agua vendrían á caer sobre sus cabezas, en que los restos de tantos valientes arreatados por las aguas cenagosas rodarian hasta el mar ó se quedarían detenidos en el camino para servir de abono á las campiñas del Brabante.

El duque de Anjou dispuso que le sirvieran el almuerzo en la cabaña de un campesino, la cual estaba vacía, pues desde la noche anterior habían huído sus habitantes, y todavía ardía en la chimenea el fuego que dejaron encendido.

Los soldados y oficiales quisieron seguir el ejemplo de su jefe, y se distribuyeron en dos pueblos inmediatos; pero no sin sorpresa y aun espanto vieron que todas las casas estaban desiertas y que los habitantes se habían llevado casi todas las provisiones.

El conde de Saint-Aignan buscaba fortuna como los demás: aquella indiferencia del duque de Anjou en los momentos en que tantos valientes morían por su causa, repugnaba su espíritu, y se había separado del príncipe, pues era de los que decía: «El miserable no tiene corazón.»

Visitó, pues, por su parte dos ó tres casas que halló vacías, y al llamar á la puerta de la cuarta vinieron á decirle que en dos leguas á la redonda, es decir, en el círculo del país que ocupaban, todas las casas se hallaban del mismo modo.

Al oír Mr. de Saint-Aignan esta noticia, frunció el entrecejo é hizo su gesto de costumbre, y dijo á los oficiales:

— En marcha, señores, en marcha.

— Estamos cansados, general, y muertos de hambre, contestaron éstos.

— Sí, pero estáis vivos, y si quedáis aquí una hora más moriréis; acaso sea ya demasiado tarde.

Mr. de Saint-Aignan no podía designar nada, pero sospechaba cierto peligro grave, oculto en aquella soledad.

Levantaron, pues, el campo, poniéndose á la cabeza de las tropas el duque de Anjou, Mr. de Saint-Aignan en el centro y Joyeuse á la retaguardia. Empero dos mil ó tres mil se destacaron todavía de los grupos, ó debilitados por sus heridas, ó rendidos de cansancio, y se acostaron sobre la hierba, ó al pie de los árboles abandonados, desolados y acometidos de siniestros presentimientos, quedándose también con ellos los jinetes desmontados, porque sus caballos no podían ya dar un paso ó se habían herido al andar, de suerte que el duque de Anjou apenas podía contar con tres mil hombres útiles y en estado de entrar en combate.